

In anima est Trinitas, quod ad imaginem summæ Trinitatis condita est. (*S. Ambr. cap. 2*).

Credere mihi jussum est (mysterium Trinitatis), non discutere permissum est. (*Idem, de Fide ad Grat.*).

Quid curiose quæris investigare, quod tibi non expedit scire, nec cognoscere datur? (*Idem, lib. I*).

Non licet tibi curiosius investigare quæ in terris geruntur, et curiosius requiris quid supra cœlum agatur? (*Idem, ibid.*).

Disce hymnum Seraphim ter dicendo: Sanctus, Sanctus, Sanctus; manifestat unam, et æqualem gloriam Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (*S. Chrys. serm. de Trinit. tom. 5*).

Trinitas exactissime unica est. (*Idem, ibid.*).

Unus est Deus, neque enim illa sublimitas potest habere consortium; cum sola teneat omnem potestatem. (*Idem*).

Trinitatis, seu divinitatis arcanum, nec ab Angelis, nec ab hominibus, nisi Spiritu Sancto revelante, cognoscitur. (*Idem*).

Imago Verbum, anima vero ad imaginem. (*Idem, ibid.*).

Deum, vis magnitudinis, et notum hominibus objecit, et ignotum. (*Tertull. Apolog. cap. 17*).

## ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA AUTENTICIDAD, VERDAD Y DIVINIDAD

## DEL EVANGELIO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (*Joan. VIII, 46*).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

1. Los incrédulos tratan de fábula el Evangelio de Jesucristo, escrito por testigos oculares de los hechos que refiere: publicado... No han dado, ni dan, ni darán jamás pruebas razonables de lo que dicen.

2. Tratamos con incrédulos instruidos... El punto es el mas delicado é interesante. Si se prueba, todo está probado. Si no se prueba, nada se adelanta.

3. *Invocacion*: Dios mio...

*Punto primero*: Verdad de los hechos del Evangelio.

4. Ni yo ni vosotros, señores incrédulos, hemos inventado la historia de los Evangelios. Escribiólos san Juan y san Mateo, apóstoles de Jesucristo; san Lucas y san Marcos, discípulos y compañeros de san Pedro y san Pablo. Si los hechos referidos en ella son verdaderos, ¿cómo podrá ser fábula la historia que los refiere? Si falsos, ¿cómo no los negaron ya los judíos?

5. ¿Qué carácter tienen los que los predicán, escriben y sostienen?... ¿Qué otro interés podían prometerse en ello, sino los destierros, las cárceles, los tormentos, la muerte?

6. Que alguno padezca ó muera por atestiguar hechos ciertos, se concibe; que lo haga por atestiguar hechos que él mismo conoce ser falsos, esto no se ha visto jamás.

7. Supongamos falsos los del Evangelio, entonces la adhesion del mundo á tales hechos será la cosa mas asombrosa, inexplicable é inconcebible que se ha visto. ¿Qué uso haceis, pues, hombres miserables, de vuestra ilustracion?...

*Punto segundo : Divinidad de la historia del Evangelio.*

8. Los cuatro Evangelios son diferentes en el estilo y conformes en la historia : diferentes en el tiempo en que salieron á luz y semejantes en la verdad : diferentes en la lengua en que se escribieron y conformes en la doctrina. No es posible que sean producciones humanas.

9. Observad el tono con que hablan los Evangelistas, y veréis que ó no tenían amor propio, ó que jamás cedían á él.

10. ¿Nos darán los incrédulos en sus escritos algun ejemplar de esa conducta?

11. La imparcialidad, cosa rara y casi imposible en los escritos humanos, reina en todas las páginas del Evangelio.

12. Dadme un escritor, antiguo ó moderno, que no tome parte en pro ó en contra del héroe de su historia y de todos los personajes que la componen. No le hallaréis fuera del Antiguo y Nuevo Testamento. Los siglos jamás lo vieron, ni esperen verlo las generaciones venideras.

13. La imparcialidad es lo que mas extraordinariamente resalta en el Evangelio. Yo lo leo, y no encuentro en él á los Evangelistas...

14. Incrédulos instruidos, á vuestra razon apelo... ¿Serán ciertos, verídicos, auténticos los libros del Evangelio?... ¿Quiénes, cuando se anunció, ignoraban los hechos que contenía? ¿Quiénes los contradijeron?... No seáis rebeldes á la luz... Reconozca vuestro entendimiento la verdad... Incrédulos eran Saulo... Tomás... los discípulos que iban á Emaús...

15. *Exhortacion* : Y vosotros, cristianos míos, recibid...

**SERMON**

SOBRE LA AUTENTICIDAD, VERDAD Y DIVINIDAD

**DEL EVANGELIO.**

*Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. viii, 46).*

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creéis?

1. Ciertamente, carísimos cristianos míos, que es una cosa bien extraña oír á los incrédulos tratar de fábula el Evangelio de Jesucristo, que cuenta diez y nueve siglos de posesion : que se halla escrito por testigos oculares de los hechos que refiere : que está publicado en todo el universo : que se ve confirmado con milagros públicos é innegables, confesado por millones de hombres que han dado la vida entre los mas horrorosos tormentos por su creencia : defendido, explicado, aclarado por los hombres mas sábios y virtuosos de todos los siglos, y que lleva todos los caracteres de autenticidad, de verdad y de divinidad, que el género humano podia desear en un libro que se le presentase de los misterios que Dios ha revelado á los hombres, de las leyes que les ha dado, de las promesas que les ha hecho, de los beneficios que les ha dispensado, de la alianza que con ellos ha contraído, de los castigos con que los ha amenazado : en suma, es cosa bien extraña que el Evangelio, que abraza toda la economía, toda la santidad y toda la divinidad de nuestra religion cristiana, quieran los incrédulos reputarle por una fábula inventada para alucinar los pueblos, y mantenerlos en la ilusion de las mas groseras y absurdas supersticiones. Extraña cosa os parecerá, y mas si considerais que ellos no han dado, ni dan, ni darán jamás pruebas razonables de lo que dicen : ellos quieren ser creídos como oráculos, y que renunciemos, por deferir á sus resoluciones, las luces de la razon natural, las pruebas de la crítica mas sana, y la autoridad soberana de la divina revelacion. Extrañas pretensiones en un siglo que se llama de las luces, por los progresos de las artes, las leyes y las ciencias!

2. Reflexionad que tratamos con incrédulos instruidos, y que ellos saben bien que han perdido el pleito, y no pueden esperar otro término que el infierno para siempre, si les probamos invenciblemente la autenticidad, la verdad y la divinidad del Evangelio. Para mantener la corrupcion de su corazon, ahogar los remordimientos de su conciencia y llenar de tinieblas su entendimiento, han menester negar la verdad del Evangelio. De lo contrario, se verian en la precision de abandonar su incredulidad, ó contradecirse á cada paso, como le aconteció á uno de los mas sábios maestros de la incredulidad<sup>1</sup>. Pero, *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Si yo llego hasta la misma demostracion en las pruebas de la verdad y divinidad de la historia de Jesucristo, escrita por los Evangelistas, ¿por qué no exigiré de ellos el abandono de su error, y la sumision mas absoluta á la razon y á la fe? El punto es el mas delicado é interesante. Si él se prueba, irresistiblemente se prueba todo: si no se demuestra, nada se adelanta, nada se ha hecho. Si no puede negarse la verdad de la relacion de los Evangelistas, Jesucristo ha sido, es y será eternamente el Mesías prometido en la ley y los Profetas, el enviado de Dios á los hombres para su salud y redencion, el Salvador del mundo, el Verbo hecho carne, Dios y hombre verdadero. Los incrédulos instruidos se han obstinado contra las pruebas evidentemente creibles de estas verdades; verémos si se muestran mas dóciles á las que vamos á darles de la autenticidad, de la verdad y divinidad del Evangelio.

3. Dios mio, sostenedme con vuestra gracia, para que yo defienda vuestra causa. Compadeceos de los incrédulos, moved su corazon con afectos virtuosos, para que no prostituyan las luces de su entendimiento. Concededles el conocimiento de la verdad: haced con vuestros auxilios que reconozcan vuestra grande obra en el Evangelio: que la agradezcan, que la observen, que la publiquen para vuestra mayor honra y gloria, y provecho de sus almas. Concededles esta gracia por los méritos de la mas amable y mas santa de todas las puras criaturas, María santísima, vuestra purísima Madre, y nuestra poderosísima protectora. ¡Ay! si ellos conocieran, si ellos sirvieran, si ellos amaran á una criatura adornada de tanta humildad, de tanta mansedumbre, de tanta misericordia y de tanto poder, ¡qué presto abandonarían su incredulidad! Venid,

<sup>1</sup> Rousseau conoció y confesó con expresiones magníficas el origen divino del Evangelio, y luego se contradice á sí mismo, diciendo que enseña cosas absurdas.

pues, criaturas, á ponerlos bajo la proteccion de esta Madre del amor hermoso y de la santa esperanza, y no dudeis entonces que oiréis con fruto el clamor de la verdad que va á acercarse á vosotros inmediatamente: *Ave María.*

*Punto primero: Verdad de los hechos del Evangelio.*

4. Yo, señores incrédulos, no he inventado la historia de los Evangelios, ni vosotros tampoco. Siglos antes que naciéramos existian ellos en el mundo. Nuestros padres los recibieron de nuestros abuelos, y estos de sus mayores, sin haber habido siglo en el Cristianismo en que no se hiciese mencion de estos libros, como escritos por san Juan y san Mateo, apóstoles de Jesucristo, y por san Lucas y san Marcos, discípulos y compañeros de san Pedro y de san Pablo. Escudriñense todas las épocas del Cristianismo, examínense todos los escritos de los Padres, léanse todas las actas mas auténticas de las historias mas universalmente recibidas por verdaderas, jamás se hallará variedad de opiniones en este hecho: el Evangelio apareció en el mundo cuando nació el Cristianismo: el Cristianismo apareció en el mundo cuando empezó á predicarse el Evangelio. ¿Podrá presentarse una verdad mas demostrada que esta? Los Evangelistas son autores contemporáneos de la historia que escribieron de Jesucristo. Los dos primeros escribieron lo mismo que vieron con sus propios ojos, lo que oyeron con sus propios oídos, y lo que habian tocado con sus propias manos de la santidad, de los milagros y de la doctrina del Salvador; y los dos últimos dieron á luz su Evangelio en el tiempo de los Apóstoles y los demás discípulos de Jesucristo: tiempo en que acababan de suceder los hechos que referian: tiempo en que estos hechos los sabian todos, y no podian ser creídos si fueran falsos, ni ignorados siendo verdaderos: tiempo en que todo el mundo se habria levantado contra ellos, y los habria convencido de impostores, si su relacion hubiera sido falsa: tiempo en que tomaban á sus mismos enemigos por testigos de los hechos que predicaban y escribian: tiempo en que decian á los judíos: ved ahí lo que vosotros sabeis tan bien como nosotros. Estos milagros de Jesús los habeis visto vosotros. Vosotros habeis escuchado su doctrina: ese Jesús, á quien habeis crucificado, ha hecho y dicho lo que aquí escribimos, para probar que él era el Mesías prometido al mundo, el Hijo de Dios, el Dios hecho hombre, anunciado por vuestros Profetas, y cuya vida, cuyos milagros, cuya fa-

milia, lugar de su nacimiento y tiempo de su venida tenéis escrito en vuestros libros. No prostituyais las luces de vuestro entendimiento, incrédulos instruidos. Decidme, ¿qué cosa mas fácil, y qué respuesta mas convincente podrian haber dado los judíos que esta? Falsedad, impostura. Nada ha habido de lo que decís. Ninguno de vosotros ha visto lo que afirmáis. Falsos milagros, falsa doctrina, falsa santidad de ese Jesús, falsos son todos esos hechos. Mentís con el mayor descaño. Si la historia del Evangelio hubiera sido una fábula, como vosotros decís, ¿podrian haber hallado aquellos hombres una respuesta mas pronta, mas justa ni mas decisiva que esta? Los judíos tan interesados entonces como obstinados ahora en negar la venida del Mesías, ¿hubieran permitido la publicacion de sus milagros, si fueran falsos? Naim y Jerusalem ¿no hubieran gritado, demostrando la resurreccion fabulosa de Lázaro y el hijo de la viuda? La Sinagoga entera ¿no hubiera demostrado la falsedad de la vista del que habia nacido ciego? de tantos enfermos que veian sanos? de tantos sordos que oian? de tantos baldados que caminaban? de tantos demonios que huían? de tantas viandas como se multiplicaban? ¿Qué! estos hechos ¿no eran públicos? ¿no pasaban en las plazas, en los templos, en las calles y en los campos? Rasgado el velo del templo por sí mismo, eclipsado el sol fuera del órden y curso de su movimiento, temblando la tierra, abriéndose los sepuleros, resucitando los muertos, y partiéndose las piedras en la muerte de Jesús; todos estos y otros asombrosos acontecimientos ¿no llegaron á su noticia como verdaderos ó como falsos? Si fueron verdaderos, ¿cómo podrá ser fábula la historia que los refiere? Si falsos, ¿cómo no los niegan? ¿Negarlos? ellos mismos los confesaron y los confiesan: ellos mismos dijeron: Todo lo ha hecho bien este hombre: ha hecho oír á los sordos, y hablar á los mudos: ellos mismos; estando Jesús para morir, repitieron esta verdad harto mal entendida de ellos: A otros ha hecho salvos, y á sí mismo no puede librarse de lo que padece. ¿Puede darse una demostración mas palpable de la autenticidad y verdad de los hechos que se cuentan en el Evangelio?

5. Y ¿quiénes los refieren, los predicán y los sostienen? ¿Qué interés les resulta de publicarlos? Los predicán y los escriben unos hombres humildes, modestos, sencillos, desinteresados, virtuosos: unos hombres que hablan y escriben con un candor admirable de su propia grosería, de su ignorancia, de sus debilidades y de sus pasados crímenes: unos hombres que perpetúan en el mundo á la

par de las maravillas de Dios-Hombre, la negacion de Pedro, la traicion y muerte desgraciada de Judas, la incredulidad de Tomás, las pretensiones ambiciosas de Juan y Santiago, y el vergonzoso abandono de su Maestro en la noche de su pasion por todos sus discípulos. ¿Es este el carácter de los impostores? Y ¿qué interés les resultaba de sus fingimientos? ¿La fama, el renombre, el descanso, las comodidades, las riquezas? Nada de eso: todo lo contrario. No tenían otro interés que el de anunciar la verdad de la doctrina y los hechos que habian oido y visto. No tenían otro interés que dar á conocer á Jesucristo como Dios y hombre verdadero. No tenían otro interés que la salvacion de todos los hombres por la creencia y observancia de las leyes del Evangelio que les promulgaban. Su interés era sostener esta verdad en los destierros, en las cárceles, en los tormentos y en la misma muerte. ¡Oh, válgame Dios! Y ¿por qué los incrédulos de nuestros dias no imitarán á uno de los mayores sábios, cuando en el siglo pasado exclamaba: Yo creo, sí, yo creo á los testigos que se dejan degollar por sostener la verdad de sus declaraciones?

6. Yo comprendo que ha habido en el mundo hombres que han sacrificado su deber á su reposo: el testimonio de su conciencia á la aprobacion de los hombres: su salvacion á su vida, y sus intereses eternos á los temporales. Se ha visto á varios correr al suplicio por una opinion que habian adoptado, sea en materia de religion, sea en materia de filosofía, de política ó de gobierno: ellos la creian cierta, y morian persuadidos de la recompensa que recibirian de Dios en el cielo, ó del renombre y fama de su heroicidad que conservarían entre los hombres en la tierra. Pero que un hombre muera por atestiguar un hecho que él mismo conoce ser falso, y en el cual no tiene interés alguno, siendo falso; esto no se ha visto. Sí, amados cristianos míos. Jamás se ha visto que los hombres sacrifiquen á un mismo tiempo su tranquilidad temporal y su espiritual obligacion, la aprobacion de los hombres y el testimonio de su conciencia, su vida y su salvacion, todos los intereses temporales y todos los bienes eternos. Esto, lo vuelvo á repetir tercera vez, jamás se ha visto ni puede concebirse y menos practicarse por personas que no tengan trastornado el entendimiento.

7. Pero supongamos por un momento que los Evangelistas fuesen los mas rematados locos que habia visto el mundo desde su principio, escribiendo una historia fabulosa, contra la que el mismo mundo habria dado el mas ilustre testimonio, demostrando con he-

chos innegables su falsedad; ¿cómo es que la hicieron creer á tantos sábios, á tantos hombres distinguidos, á tantos príncipes poderosos? ¿Qué furioso frenesí se apoderó de millones de niños, de doncellas, de jóvenes, de ancianos, de sacerdotes, de obispos, de generales famosos por sus hazañas militares; de hombres y mujeres de todas clases y jerarquías, para que eligiesen morir entre los tormentos mas horrorosos, antes que negar la fe del Evangelio? ¿Qué locura fue aquella tan desenfrenada que cundió hasta los extremos de la tierra, no hallándose reinos ni provincias que no estuviesen regados con la sangre de los Mártires? ¿Qué locura fue aquella, que sin armas, sin ejércitos, sin riquezas y sin mas aparato que la cruz de Jesucristo derribó las Dianas de Éfeso, las Minervas de Atenas, los Júpiter de Creta, las Vénus de Troya, los ídolos de Roma y arruinó la gentilidad en toda la tierra? ¿Qué locura fue aquella tan extraña en que los furiosos obraban milagros estupendos, amansando las fieras, sanando los enfermos, dando vista á los ciegos, vida á los muertos, y mandando á todos los elementos? ¡Qué! el cielo, la tierra, el mar, los rios, los reyes y los vasallos ¿no presenciaron aquellos prodigios? ¡Ay! Es menester repetir la confesion sincera de los antiguos magos de Egipto: *Digitus Dei est hic*. Aquí anda el dedo de Dios. La Omnipotencia obraba y sellaba con la marca de la verdad estas maravillas. ¿No obró Dios milagros? ¿Fueron ilusiones, prestigios y apariencias? Mayor milagro veo ahora. Un mundo entero trastornado en su creencia y en sus opiniones religiosas por doce pobres hombres, contra quienes se levantaron los reyes, los filósofos, los grandes y poderosos de la tierra con todo género de máquinas, astucias y crueldades, y quedaron, sin embargo, dichosamente vencidos y postrados á los piés de Dios-Hombre crucificado, que predicaban unos hombres tan pobres. ¿Es esto posible sin milagros? ¿Puede sin milagros concebirse una obra tan divina? Y ¿puede uno sin horror oír á los incrédulos que se tienen por instruidos, negar unas demostraciones tan evidentes? ¿Qué uso haceis, hombres miserables, de vuestra ilustracion? Cuando á fuerza de atormentar vuestro entendimiento, llegáreis á presentar alguna incertidumbre sobre unos hechos tan públicos como verdaderos, tan ciertos como bien probados, ¿cómo, pues, no temblais á la vista de vuestras incertidumbres? Yo sé bien, y vosotros no lo ignorais, que vuestro corazon os reprende: que vuestra conciencia os acusa: que vuestro entendimiento vive atormentado: y ¿es posible que despues de una conducta tan triste no

podais esperar mas premio que los braseros eternos? ¿Es posible que para vosotros han de tener mas atractivo los placeres frívolos y momentáneos, que las delicias eternas? mas la tierra que el cielo? el vicio que la virtud? la mentira que la verdad? la opinion que la certidumbre? la criatura que el Criador? Seguid, infelices, pues así lo quereis: seguid en vuestra insensata incredulidad, que en breve acometidos de una enfermedad grave, postrados en una cama, despedazado vuestro corazon con los remordimientos mas violentos, abandonados de las criaturas, y condenados por la justicia de Dios, experimentaréis en el infierno los amargos frutos de vuestra obstinacion. Y vosotros, cristianos míos, acompañadme á dar algunos otros pasos en el camino de la verdad, para que sea mas y mas firme y razonable el obsequio de vuestro entendimiento á las lecciones de este libro escrito por divina inspiracion. Esta era cabalmente la materia del

*Punto segundo: Divinidad de la historia del Evangelio.*

8. Haced conmigo, amados cristianos míos, dos reflexiones con la mayor atencion que podais, y descubriréis en ellas que el Evangelio fue inspirado y dictado por el mismo Dios. El Evangelio, que con las palabras mas sencillas nos enseña la doctrina mas pura y mas sublime que cuantas dictaron jamás los ingenios de los hombres: el Evangelio, que nos da de Jesucristo la idea mas grande y mas augusta que puede caber en el entendimiento humano: el Evangelio, que en una sola de sus páginas descubre al mundo mas nuevas y asombrosas verdades, que cuantas habian descubierto todos los hijos de Adán en la dilatada carrera de los siglos: este libro admirable, á cuya presencia desaparecen las luces de la doctrina mas celebrada de los filósofos antiguos y modernos, mas presto que á la vista del sol desaparecen las estrellas, está escrito por los cuatro Evangelistas poco despues de la muerte de nuestro amable Salvador Jesús. Reflexionad que no todos han escrito en un mismo lugar, ni en un mismo tiempo, ni en una misma lengua, ni con un estilo mismo. Cualquiera que lea con reflexion los cuatro Evangelios, hallará que siendo cuatro los escritores de la vida, de las palabras y las obras de Jesucristo, todos la escriben de diferente manera: todos cuatro son originales en su clase, y todos trabajaron la obra con independenciam el uno del otro. No colocan todos los mismos hechos con el mismo orden, ni los dicen con los mismos tér-

minos, ni explican las mismas circunstancias, y sin embargo jamás se contradicen. El estilo de cada uno tiene una sencillez admirable, y ninguno se parece al otro. Si ellos hubieran estado de acuerdo, era imposible hallar tanta diferencia entre ellos; y si no hubieran sido inspirados por el Espíritu de verdad, era imposible que procedieran tan conformes. Reflexionad que los Evangelistas escribieron unos hechos tan maravillosos y estupendos, que jamás el mundo los había visto semejantes, ni los volverá á ver jamás; y siendo la conducta de todo escritor de sucesos extraordinarios, preparar mañosamente á sus lectores para que reciban lo que les va á referir en el género maravilloso, ofrecer pruebas, buscar ejemplos, citar autores, reflexionar oportunamente ó dudar con destreza y artificio para lograr la creencia de lo que refieren: ellos, por el contrario, entran como de un golpe en su historia, sin tomar ninguna de estas precauciones, que descubren siempre la desconfianza que todos los autores tienen de su asunto, de sus lectores y de sí mismos: ellos empiezan su relacion como unas personas á quienes no se les ocurre siquiera que pueda ninguno oponerse á lo que exponen. En el Evangelio todo son hechos: no se hallará una palabra que se haya escrito para llamar la atención y sorprender el entendimiento: ninguna palabra para lisonjear el oído: ninguna para mover las pasiones. Los Evangelistas jamás prueban, jamás sacan consecuencias, jamás hacen reflexiones, jamás adelantan conjeturas, ni jamás dicen ni hacen ver lo que ellos piensan de los sucesos que refieren, ni de las personas de que hablan. Jamás admiran, jamás aprueban, jamás tachan, jamás juzgan las personas, ni sus interiores, ni sus acciones. No se encuentran en el Evangelio estas expresiones tan comunes y frecuentes en los otros libros: así se dice, así se cree comunmente, así conjeturan los hombres, así parece... Nada de esto leemos en los Evangelistas. Jamás se les ve admirados, ni indignados, ni movidos de compasion, ni llevados de alguno de aquellos afectos que infaliblemente muestra el historiador en los sucesos que cuenta, y sin embargo no hay historia en el mundo mas á propósito para mover los afectos. No puede decirse que el arte es admirable en los libros del Evangelio ni que está en ellos muy oculto, y no obstante son infinitamente superiores á todas las obras mas perfectas del arte. Son diferentes en el estilo y conformes en la historia: diferentes en el tiempo en que salieron á luz y semejantes en la verdad: diferentes en la lengua en que se escribieron y conformes en la doctrina. No es posible que

sean tales escritos producciones humanas: el espíritu de Dios los ha dictado.

9. Leed, amados cristianos míos, el santo Evangelio, y admiraréis la cosa mas asombrosa del mundo: reflexionad sobre el tono con que hablan, de sí mismos y de sus compañeros, los Evangelistas. Es imposible hablar con tanta indiferencia de personas que nada les tocasen. Ellos hablan de la oscuridad de su nacimiento, hablan de sus defectos, de sus debilidades, de sus faltas las mas graves como de cosas que decian simple relacion á los sucesos de Jesucristo, y como de circunstancias que los acompañaban. Todos los mortales sentimos en nuestro corazon un amor propio que pide nos disculpemos cuando podamos, ó que seamos los primeros en culparnos cuando no podamos disculparnos. Por esta diestra y mañosa conducta salvamos nuestra reputacion, ó nos indemnizamos con ventajas de la que hemos perdido. Nada de esto, que es natural en todos los hombres, hallamos en los Evangelistas: ellos son únicos entre todos los mortales: cuentan sus debilidades y sus faltas mas groseras sin disculparse ni acusarse; de lo que infaliblemente resulta, que no tenian amor propio, que es cosa muy rara, ó que jamás cedian á él, que lo es todavía mas.

10. Preséntennos los incrédulos instruidos sus escritos, y dígnanos en qué página de ellos se halla la sencilla y verídica confesion de la oscuridad de su cuna, de la humildad de su profesion, de su necia tardanza en creer las verdades de la divina Escritura, de su celo por el buen nombre de sus compañeros, de su ambicion por los primeros empleos, de sus negaciones de Jesucristo, de su cobardía en desampararle, de su estúpida ignorancia, de sus traiciones y de su incredulidad. ¿Nos darán los incrédulos en sus escritos algun ejemplar de esta conducta? ¡Ay de mí! Ellos, y yo, y todos los mortales, escribimos como hombres que ocultamos cuanto podemos nuestros defectos, y hacemos valer cualquiera ventaja que haya en nosotros, aunque sea hurtando la gloria al Dios de las misericordias de quien la recibimos: en los Evangelistas vemos todo lo contrario. Parece que ignoraban que hablaban de sí mismos, y de unos discípulos escogidos y llamados por el mismo Dios humanado, cuya eleccion tan desproporcionada para sus grandes designios, degradaban hasta lo sumo con la publicacion de sus desórdenes. ¿Se vió jamás en el mundo cosa semejante? ¿No es del todo conforme á los sentimientos del corazon humano, que cuando algun poderoso elige algun sujeto para un grande empleo procure